

CAPITULO III

LA ARQUEOLOGIA EN EL MNA

La identidad nacional mexicana ha jugado un papel importante en la conformación de los museos nacionales en México, que se ha formado a partir de tres importantes movimientos sociales (Ramírez et al. 1968: 7):

“Desde los días inmediatos a la Conquista, los propios conquistadores y más tarde los misioneros comprendieron la necesidad de entender la cultura que había sido vencida. (...) Esto corresponde claramente a lo que podríamos llamar la primera etapa de una identidad nacional naciente. La segunda será cuando algunos espíritus libres empiecen a interesarse, en la segunda mitad del siglo XVIII, en las antigüedades, en la historia y en la etnografía indígenas. Al hacerlo, ellos mismos se llaman mexicanos; (...) español de espíritu y cultura, pero que ha comprendido que ese espíritu ha sido modificado y enriquecido por la cultura y el espíritu indígenas. No es de extrañar que a esta época correspondan las primeras investigaciones de monumentos arqueológicos, a veces auspiciadas por los propios reyes de España, ni que por primera vez los monolitos que se hallaron casualmente en diferentes sitios, sean conservados.

La guerra de Independencia y la antipatía a España producen un tercer momento de nacionalismo indigenista que logra que los mexicanos se interesen de nuevo en la cultura aborígen. De aquí hay solo un paso al nacimiento del museo, acordado por dos presidentes, Guadalupe Victoria y Anastasio Bustamante, con la intervención directa del gran historiador Lucas Alamán, fundador del Museo Mexicano.

No podemos decir que en ese entonces se hubiera entendido la verdadera significación del Museo ni que la institución tuviese de hecho una importancia nacional. Es claro que reunía en forma por demás desordenada, típica de la época, una cantidad de objetos que se iba acrecentando poco a poco. Pero el principal sentido de un Museo de Antropología en México: mostrar la vieja civilización y su descendencia hasta hoy, como para permitir que sea entendida y apreciada como parte del espíritu nacional, y así colaborar en la dignificación de los indígenas y su cultura, todavía no estaba claro.”

En base a esto es que la arqueología fue retomada, trascendiendo a sus intereses científicos y técnicos, como una herramienta para exaltar esa identidad nacional y ha sido responsable, en mayor parte, del tipo de representaciones que se han llevado a cabo dentro del Museo Nacional de Antropología (MNA) y si bien el tipo de investigación que se ha desarrollado dentro de sus salas ha ido cambiando con el paso del tiempo, de uno que enfatizaba el coleccionismo en sus principios a uno más o menos de carácter científico, los artefactos exhibidos en sus salas han sufrido diferentes tratos que van desde su total destrucción, pasando por una total indiferencia, hasta un alto grado de conservación, e incluso, de veneración.

Los Primeros Coleccionistas

El interés oficial por coleccionar se inicia en México a partir de la historia natural y posteriormente con las antigüedades. Las primeras directivas vinieron de la corte de Carlos III, en 1787, cuando envió una comisión de naturalistas para reunir la mayor cantidad de ejemplares de plantas, animales y minerales de la Nueva España para llevarlas de vuelta a España (Bernal 1979: 123), sin embargo, la sección botánica de la expedición se estableció en México para formar lo que fue el primer museo de historia

natural en México, el Museo Mexicano. Pero fue el trabajo de los primeros coleccionistas durante el siglo XVIII el que proporcionó un apoyo mayor para la conformación de los primeros museos en México, entre ellos cabe destacar la labor de Carlos de Sigüenza y Góngora y de Lorenzo de Boturini, por haber rescatado en mayor medida la cultura de los pueblos prehispánicos.

Carlos de Sigüenza y Góngora, de hecho, fue el primero en llevar a cabo una de las primeras exploraciones en un monumento para esclarecer un problema histórico, pues quiso averiguar si una pirámide había sido construida en su totalidad por manos humanas y si acaso era un simple recubrimiento de un cerro natural, cuando la taladró por un costado para descubrirlo, cuestión que nunca le fue esclarecida (Bernal 1979: 47). Sin embargo, su gran mérito fue la de coleccionar manuscritos y objetos antiguos prehispánicos, y no sólo eso, pues con ello trató de exaltar el espíritu mexicano a través de su historia.

Por otro lado, como se redacta en la Enciclopedia de México (1988: 1054-1056), Lorenzo de Boturini fue un italiano encomendado por la condesa de Moctezuma, descendiente directa de Moctezuma II, para realizar un proyecto de investigación en la Nueva España sobre la historia de su linaje real azteca causando inmediato malestar en los círculos del virrey, principalmente porque debieron pagar el dinero que se le debía a los descendientes de Moctezuma pero también porque Boturini no vivía a la altura de un noble y por el contrario se rodeaba de indígenas para estudiar el idioma náhuatl y el fenómeno de la aparición de la Virgen de Guadalupe en el Cerro del Tepeyac, gastándose además todo el dinero del proyecto en la adquisición de códices, mapas y pinturas indígenas que lo impulsaron a formar el Museo Histórico Indiano entre 1736 y 1742 —

durante este último año Boturini se hallaba inmerso en la elaboración de notas de investigación, cuando fue interrumpido y conducido a prisión, su colección confiscada y meses más tarde escoltado a un barco que lo llevaría de regreso a España— que al final se dispersó, pero pudo conservar sus apuntes por considerárseles de escaso valor con los cuales más tarde publicaría un libro intitulado *Idea de una Nueva Historia de la América Septentrional*.

Una parte de este “museo” se cree formaba parte del acervo de la Biblioteca de la Universidad, gracias a la orden que Antonio María de Bucareli diera en 1775 para reunir todos los archivos y documentos referentes a las antigüedades encontradas, como la Coatlicue y la Piedra del Sol, en la Real y Pontificia Universidad (Hellion y Montero 1991: 7), pero que desgraciadamente por problemas políticos se fue desintegrando.

En junio de 1808, el Virrey Iturrigaray nombró una Junta de Antigüedades, de la cual estuvo a cargo para su estudio y listado Ciriaco González Carvajal, demostrando un particular interés por albergar una colección sin siquiera tener un espacio para ella en la Real y Pontificia Universidad (Bernal 1979: 125); al mismo tiempo la colección se iba incrementando con la inclusión de nuevos elementos a partir de los numerosos viajes realizados por Guillermo Dupaix, comisionado por el rey desde 1804, que se ocupaba de indagar y descubrir monumentos arqueológicos (Castillo 1924: 8), pero nuevamente por cuestiones políticas, la Junta de Antigüedades cesó sus labores en 1813.

Fue en 1822 cuando el gobierno de Iturbide estableció en la Real y Pontificia Universidad un Gabinete de Historia y un Conservatorio de Antigüedades para albergar las colecciones provenientes del antiguo Museo Mexicano. A partir de este entonces se inician nuevamente las labores de la Junta de Antigüedades, y se encarga a Ignacio de

Cubas la formación de un nuevo museo que pronto se denominaría el Museo Nacional Mexicano (Bernal 1979: 126).

El Museo Nacional Mexicano

Este museo tuvo sus inicios en 1825, bajo un ordenamiento emitido por el presidente Guadalupe Victoria que demandaba al rector de la Universidad la formación de “un Museo Nacional” en sus instalaciones, donde el gobierno sería responsable de los gastos necesarios para su estructuración y cuidado, así como de su organización a través de un *conservador*, para lo cual fue designado Isidro Ignacio de Icaza (Castillo 1924: 12), quien desde el principio formuló un reglamento donde se establecieron los tipos de objetos que debían contener en sus salas: toda clase de monumentos mexicanos anteriores o coetáneos a la invasión de los españoles, los de pueblos antiguos de otro continente y de las demás naciones americanas, estampas, pinturas, medallas, lápidas, inscripciones, etc., que pudieran ilustrar la historia de México. Además se incluyeron maquinas y modelos de inventos científicos, así como colecciones completas de botánica, fauna y minerales (Bernal 1979: 127). De manera particular, la colección arqueológica incluía a la Coatlicue, y muchos objetos provenientes de variados coleccionistas como León y Gama, Bustamante, Cubas y Dupaix, que estaban clasificados en tres ramos: antigüedades, productos de industria, historia natural y botánica (Castillo 1924: 15).

Sin embargo, los problemas de estabilidad política en décadas posteriores no permitieron que el museo funcionara de manera continua (Bernal 1979: 129), sobre todo con la supresión de la Real Universidad en 1865, hasta que se independizó de ella por iniciativa de Maximiliano de Habsburgo, que expidió el decreto de creación del *Museo*

Público de Historia Natural, Arqueología e Historia estableciéndose en la antigua Casa de Moneda (Hellion y Montero 1991: 8), para que cobijara y mostrara públicamente todas aquellas colecciones recabadas a lo largo del tiempo.

De Casa de Moneda al Bosque de Chapultepec

La prioritaria necesidad política de crear una identidad nacional basada en las raíces históricas, encontró en las colecciones de antigüedades que hasta entonces habían formado parte de las curiosidades de la nación, el objeto para difundir la imagen de una patria común.

Tras la caída de Maximiliano de Habsburgo, el museo continuó sus actividades; sin embargo no fue sino hasta la llegada del general Porfirio Díaz a la presidencia cuando se inició el proceso de consolidación y fortalecimiento del museo moderno debido a la gran influencia cultural de los países europeos en México durante su dictadura. En 1877 quedó dividido en tres departamentos: Historia Natural, Arqueología e Historia. Posteriormente, en 1887 se crearon las secciones de Antropología y Etnografía (Serra 1997: 6). De acuerdo con el desarrollo e importancia de las ciencias naturales y las disciplinas del siglo pasado, el acervo material del museo se enriqueció al tiempo que aumentó su número de investigadores —incluso publicó el primer órgano oficial del museo, lo que hoy se conoce como *Anales* (Castillo 1924: 24)— de esta manera las nuevas colecciones fueron integradas por piezas provenientes de museos extranjeros, de expediciones y de colecciones privadas. Todavía en 1879 se dice “que se está arreglando”, y hasta 1882, por falta de espacio y problemas de acondicionamiento, las

colecciones arqueológicas fueron almacenadas (ver Figura 1) y apartadas del público (Bernal 1979: 129).



Figura 1. Objetos del museo hacia finales del siglo XIX (retomada de Bernal 1979: Lámina 87)

A pesar de esto, el museo recibió un fuerte impulso gracias a los trabajos de la Junta Colombina —designada por el mismo Gobierno para reunir objetos de exhibición y encargada del contingente mexicano para realizar los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América— así como a la celebración en México, en 1895, del IX Congreso Internacional de Americanistas (Castillo 1924: 25-26).

Entre 1901 y 1904, el museo progresó con mayor rapidez, convirtiéndose en un establecimiento verdaderamente docente, pues abrió clases de antropología, etnología, arqueología, historia e idioma mexicano; aumentó de modo extraordinario sus colecciones arqueológicas con la adquisición sucesiva de los museos particulares de Doremberg, Sologuren y Heredia, y con el ingreso del tercer tablero de la Cruz de

Palenque (Castillo 1924: 27). También se emprendieron excursiones de investigación y de estudio y se publicó la primera época del *Boletín*, segunda publicación oficial del museo, para difundir todos aquellos nuevos conocimientos que se venían acumulando.

En 1907, adoptó un nuevo reglamento, que establecía como fines principales la recolección, conservación y exhibición de los objetos relativos a la Historia, Arqueología, Etnología y Arte Industrial Retrospectivo de México, y el estudio y la enseñanza de estas materias (Castillo 1924: 29). Durante este tiempo, el Departamento de Arqueología se extendió en sus secciones de cerámica, joyas y piedras preciosas; el de Etnografía aumentó sus colecciones con multitud de objetos que se solicitaron a las autoridades de diversas regiones de la República. Asimismo, se destinó un salón especial para códices, otro para vaciados de construcciones, grandes piezas y relieves arqueológicos, y un salón más para monolitos pequeños (Castillo 1924: 31-32); fue precisamente durante los años porfiristas que el museo llegó a su mayor nivel y fijó su organización definitiva.

Sin embargo, a pesar de la idea de un gran pasado prehispánico que se forjó durante la época porfirista, siempre hubo un rechazo hacia las culturas indígenas contemporáneas por ser consideradas como un impedimento para la modernización del país (Nalda 1998: 8), lo que significaba una doble moral en cuanto a la revalorización de la cultura mexicana.

En 1911, ya en pleno conflicto armado, el museo alberga a la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana. Al parecer la lucha armada no afectó el funcionamiento del museo; por el contrario, éste consolidó su organización y pudo incorporar en su seno la Inspección de Monumentos Arqueológicos (Serra 1997: 6), encargada de cuidar y vigilar los monumentos arqueológicos (Bernal 1979: 131), que

hasta entonces no sólo marchaba en desacuerdo sino hasta en pugna con el museo, debido a su posición de no lucrar con el patrimonio de la nación.

El museo cambia su nombre a Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía en 1918, cuando también se establece un nuevo reglamento que asigna al museo con los fines de “adquisición, clasificación, conservación, exhibición y estudio de objetos relativos a la Antropología Física, a la Etnología, a la Arqueología y a la Historia de México, así como a la investigación científica, exploraciones respectivas, y la difusión y vulgarización de esas materias y sus afines” (Castillo 1924: 41). En aquel entonces, el Departamento de Arqueología era el más vasto e importante de todos, pues ocupaba 10 salas distribuidas en tres pisos del edificio que lo albergaba: una sala dedicada a los monolitos, como la Piedra del Sol y la Piedra de los Sacrificios; una sala dedicada a los códices, como la Peregrinación de los Aztecas y un plano de Tenochtitlan; siete salas dedicadas a cerámica, objetos de piedras finas, de metal, de madera y joyas de oro; una de instrumentos musicales, como los teponaxtles y ahuehuetls; una sala de reproducciones arqueológicas o vaciados, como el muro de un palacio de Mitla o del gran templo de Cempoala; y aún en los pasillos se encontraban diseminados algunos monolitos y braseros de piedra del Templo Mayor (Castillo 1924: 45-46), que estaban clasificados en cuanto a civilizaciones.

No hubo ningún movimiento sino hasta el año de 1939 cuando las colecciones históricas son removidas de las instalaciones del museo y se vuelve el Museo Nacional de Antropología, incrementando su acervo, básicamente prehispánico, parte del cual no podía ser exhibido en salas y permanecía guardado en bodegas (Hellion y Montero 1991: 12); fue durante este mismo año que se formó el Instituto Nacional de Antropología e

Historia (INAH), impulsado por el General Lázaro Cárdenas, por el creciente interés de la época de crear una cultura y una identidad nacionales post-revolucionarias que integraran un México común, y cuyas responsabilidades se suscribieron a la investigación, rescate y preservación de monumentos arqueológicos e históricos, a la indagación sobre las poblaciones del país y al estudio de la expresiones actuales de los pueblos indígenas, que ciertamente comenzó a debilitarse después de los años 40s ante la concepción del modelo estadounidense capitalista (Pérez-Ruiz 1999: 56).

Los Últimos 40 años

Hacia 1962 estaba en pleno apogeo un movimiento de renovación museográfica y de actualización de la imagen y función de los museos en el seno de la comunidad; en ese contexto y durante la celebración del XXXV Congreso Internacional de Americanistas, se dio a conocer el acuerdo presidencial para la construcción de las nuevas instalaciones del MNA, cuyos objetivos primordiales eran tres: una bella presentación de los testimonios de la cultura indígena pasada y presente de México, una instalación didáctica plena de contenidos y significación cultural, y su fusión en un conjunto destinado a forjar a los mexicanos actuales una conciencia histórica que se fundamentara, en parte, en la rica y plural raíz cultural indígena (Serra 1997: 8).

El incremento en las colecciones arqueológicas y etnográficas, así como el crecimiento en los aportes de materiales para su estudio y exhibición, hicieron que la antigua Casa de Moneda resultara insuficiente para resguardar y exponer sus colecciones, y es por eso que a principios de 1963, siendo presidente el licenciado Adolfo López Mateos y director general del INAH el arqueólogo Ignacio Bernal y García Pimentel, se

da inicio a la construcción del nuevo edificio del MNA en el Bosque de Chapultepec; con un presupuesto de 170 millones de pesos la obra se termina en un corto plazo de 19 meses (Ramírez et al. 1968: 19) inaugurándose el día 17 de septiembre de 1964, estando la obra a cargo del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, que concibió su espacio y disposición con lo más funcional y completo en su momento, considerándose como uno de los museos más adelantados en el mundo (Nárez y Rojas 1996: 20) pues estaba dotado de un área de exhibición de 30,000 m² con aire acondicionado, purificación de aire, sistemas de alarma contra incendios y robos, equipo electrónico de transmisión radial e instalaciones para futuras exhibiciones narrativas audiovisuales, además de contar con todos los accesorios necesarios: 6,000 m² de talleres, laboratorios, almacenes de estudio y oficinas de investigación; una sala de exhibición temporal de 1,500 m²; un auditorio con cabida para 350 espectadores, con teatro, cine y equipo de traducción simultánea; la Biblioteca Nacional de Antropología; la Escuela Nacional de Antropología, con cupo para 500 estudiantes; instalaciones escolares, con sala de proyección, talleres de dibujo y modelado, teatro al aire libre y un área de juegos; finalmente, una cafetería y restaurante para 400 personas (Ramírez et al. 1968: 29).

La división que planteó Kirchoff (1943) sobre las áreas culturales de Mesoamérica y el norte de México hicieron evidente la necesidad de reestructurar las salas y reordenar las colecciones de materiales arqueológicos y etnográficos para enmarcarlos de acuerdo con las áreas consideradas: Costa del Golfo, Oaxaca, Occidente, Maya, Altiplano Central y Norte de México (también llamada de Extensión Norteña y que varía en extensión por factores climáticos y/o culturales). Fue la coordinación técnica del Consejo Ejecutivo para la Planeación e Instalación del MNA la que solicitó a cada

especialista —antropólogos, arqueólogos y etnógrafos— la redacción de estudios monográficos, de índole exhaustiva, que resumieran la información más autorizada sobre cada área que sirvieran de base para definir el contenido, la planeación y el diseño de cada una de las 24 salas de exhibición (Ramírez et al. 1968: 33). De esta manera, las 24 salas fueron divididas en cuanto a temática y necesidades museográficas de la arquitectura (ver Figura 2), las doce primeras ubicadas en la planta baja del edificio se destinaron a albergar las colecciones arqueológicas, y las doce de la planta alta, a las colecciones etnográficas.

En palabras del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez (1968: 29), “la museografía fue orientada con la intención de ofrecer una presentación científicamente exacta, y al mismo tiempo, tan atractiva visualmente que una visita fuese considerada como un verdadero espectáculo”; su preocupación fue llevar el mensaje cultural del Museo a todos sus visitantes y su finalidad arquitectónica no fue tan solo la de crear un espacio que proporcionara un área suficiente para observar cómodamente las piezas, sino también los medios de conservarlas en forma adecuada, “con ánimo de acrecentar el interés de los observadores y suscitar su emoción ante la presencia de la reliquia o la obra de arte”.

Cuando se iniciaron los trabajos del edificio, paralelamente se organizó un grupo de especialistas e investigadores que encaminaron sus esfuerzos y conocimientos hacia la concepción de los guiones museográficos, como ya se mencionó anteriormente, buscando mostrar a los visitantes las mejores colecciones y lo más representativo de los grupos y las culturas que tuvieron su desarrollo en el territorio nacional (Nárez y Rojas 1996: 22); de allí que en esa época se hayan patrocinado proyectos especiales de excavación arqueológica (Jaina, región de la presa del Infiernillo, la Huasteca Potosina y

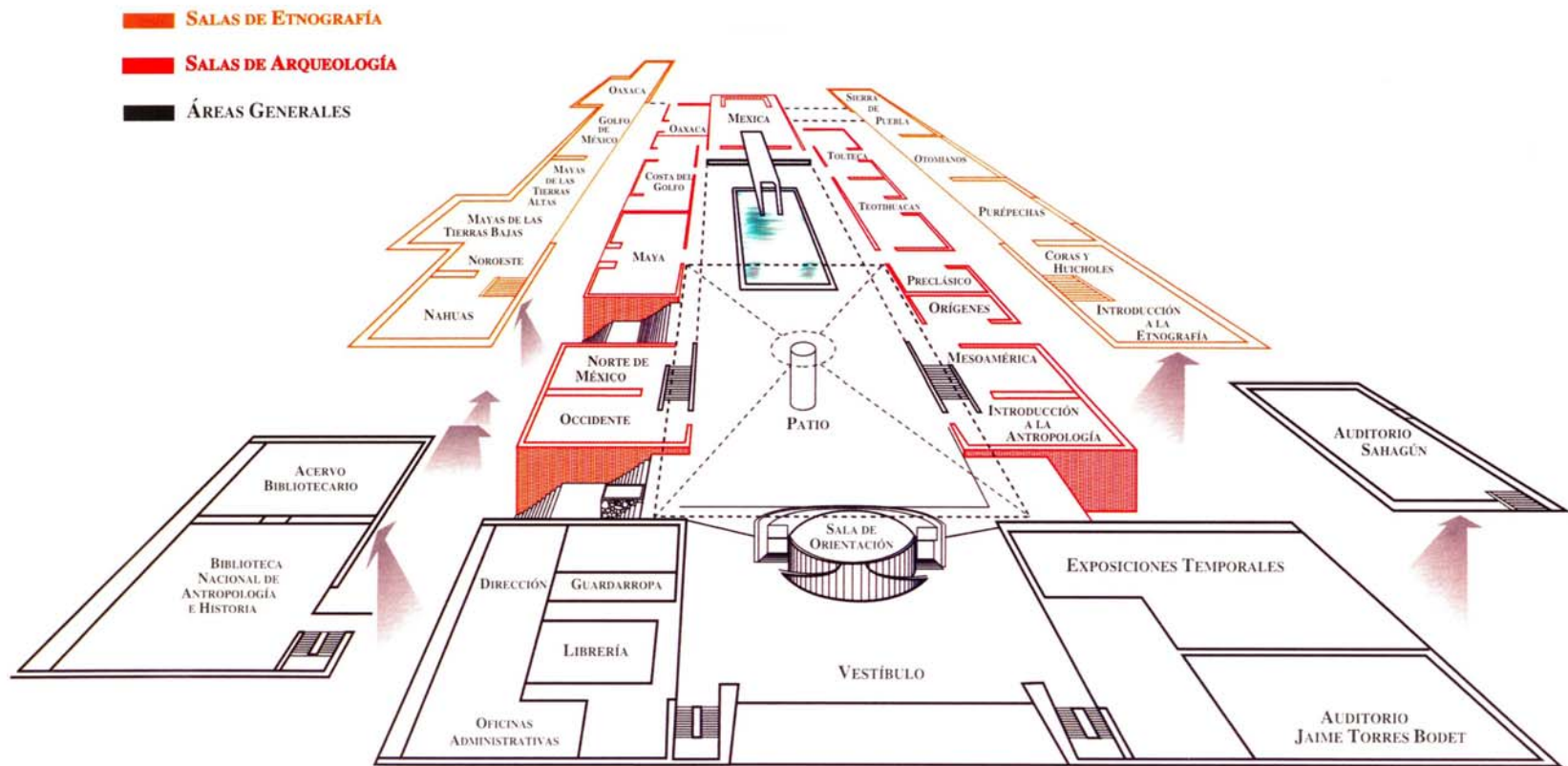


Figura 2. Disposición antigua de las salas del Museo Nacional de Antropología (retomada de Serra 1997: 11)

Teotihuacan), expediciones etnográficas por todo México —que iban formadas por un antropólogo asesor, museógrafo, fotógrafo y ayudantes y adquirido colecciones privadas de arte que contenían objetos de casi todas las culturas, como la colección Miguel Covarrubias que fue entregada íntegramente por ser la más selecta en cuanto a obras de arte precolombino, entre otras, como la Spratling, Navarrete, Field, Pepper, Hedlund, Villanueva, Leof, Kamffer, Juárez, Frías, Corona y Hecht por mencionar algunas, y que todo ello en conjunto haya aumentado las colecciones del Museo con cerca de 4,000 ejemplares de gran importancia estética e histórica (Ramírez et al. 1968: 33).

Durante los años posteriores a su fecha de inauguración y anteriores a su pasada reinauguración, esta última en el año 2000, las colecciones arqueológicas del MNA han estado a cargo de los investigadores de área, llamados *curadores* a partir de la administración de 1972, que han procurado la mejor presentación de los artefactos y la elaboración de los guiones museográficos, así como ordenar, catalogar, inventariar y estudiar estas mismas colecciones, además de cubrir aspectos relativos a información, visitas guiadas, conferencias, participación en eventos y todo tipo de cosa relacionada con su área de estudio (Nárez y Rojas 1996: 22). Los cambios realizados por los curadores en sus diferentes salas han sido pocos, y en algunos casos se han limitado a hacer correcciones, exhibir un mínimo de sitios arqueológicos representados a través de artefactos y generalizar aspectos de cada una de las áreas culturales del país.

Por otra parte, la catalogación de los acervos del MNA ha sido un objetivo constante de las diferentes administraciones del museo (Nárez 1991: 6-7) y existen varios catálogos parciales que contienen valiosos datos sobre las colecciones, siendo Alfonso Caso y Salvador Mateos en 1939-1940 los que sentaron las bases para los catálogos más

recientes, agrupando objetos por tipo de material. Posteriormente, se comenzó a llevar una tarjeta por cada una de las piezas, clasificándolas por culturas. Incluso, en 1964, un avance significativo fue la incorporación de los datos de los objetos a un sistema informático. A partir de 1989 se definió como prioritario el Proyecto de Catálogo, creándose una subdirección encargada exclusivamente para ello para adquirir y contratar, respectivamente, el equipo de cómputo y el personal necesario para dicha tarea, que consistió en incorporar en un banco de datos toda la información y publicar los datos básicos de referencia para su identificación y ubicación, así como fotografiar las piezas para constituir un archivo gráfico.

Según Bernal (1970: 9-10), el MNA de la década de los 60s fue contemplado para ser un museo de historia nacional y no uno de arte. El hecho de que muchos de los artefactos sean piezas maestras del arte antiguo puede ser entendido como un extra sobre su objetivo principal, el conocer y entender en los mejores casos el significado del México indígena y relacionarlo con el país que se quiere crear. De esta manera, el MNA se constituyó con la idea principal de conformar y exaltar el legado nacional prehispánico e indígena actual a partir de los materiales arqueológicos y etnográficos recopilados a lo largo de su constitución.

El Museo Reestructurado

La reinauguración del MNA logró un cambio de imagen, estructura y contenido, gracias a la participación de un variado conjunto de arqueólogos, antropólogos y museógrafos, que desde hace mucho tiempo atrás se estuvo buscando pero que estuvo limitado por diversas

cuestiones, en su mayoría burocráticas y estéticas, pero que finalmente pudo ser concebido de manera sistemática.

Esta nueva reestructuración estuvo a cargo del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) y del INAH; fue un proyecto que se fue integrando a partir de diferentes ideas y cambios de estructura que cada de uno de los curadores de las distintas salas del MNA ya tenían en mente, pero no existe algún documento escrito que abarque todo el proyecto en cuestión (Ernesto González, comunicación personal 2000). Sin embargo, no se hicieron ni consideraron estudios de público previos que pudieran dar algunas ideas para mejorar y propiciar un mejor entendimiento entre la exhibición y el público visitante. Un ejemplo claro de este tipo de estudios fue aquel realizado por la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones entre finales del mes de marzo y principios del mes de abril del 2000, bajo la supervisión del Antropólogo Emilio Montemayor, cuyos objetivos principales fueron conocer el tipo de público que visitaba el museo para poder mejorar la calidad de los servicios e información que provee, y obtener un panorama general sobre la función y conceptualización del museo. Los resultados (ver Apéndice I), por el contrario, molestaron en gran medida a las autoridades administrativas del museo (Alejandro Cortés, comunicación personal 2000), siendo éste un estudio clave que podría haber ayudado de alguna manera a cambiar las estrategias de comunicación hasta aquel momento inconclusas por la remodelación de algunas de sus salas; éste estudio rompió con varios esquemas relacionados con los conceptos de clases sociales y cultura —en él se contradice lo encontrado en otros estudios, en donde se habla de un público de fin de semana con una escolaridad y un nivel de ingresos menor que el que acude el resto de los días de la semana—, así como con otros de carácter didáctico —

la gente pide más “información” en salas a pesar de que son las cédulas las menos recurridas para obtenerla—, de calidad de servicios —en general la gente percibe que el personal del museo carece de trato personal y que el edificio en sí carece de falta de orientación hacia su público—, y de usos del museo —es más un espacio familiar donde menos de la mitad del público que acude lo hace por interés propio, además de que curiosamente éste pasa más tiempo en las áreas comunes que en las salas—por parte del público que reflejaron varias necesidades a cubrir, pero que de nueva cuenta el MNA no valoró por el peso burocrático y elitista que lleva su nombre.

Por otro lado, la organización para la nueva estructuración del museo no fue la mejor pues la asignación de presupuestos, la burocracia institucional, los cambios de personal museográfico proveniente de una compañía privada, el gran número de colaboradores en el museo y la limitada experiencia para montar una exhibición de tal magnitud, retrasó por meses su inauguración final, el día 24 de noviembre del año 2000, que aún ahora mantiene rezagos en su conformación, al menos para la Sala del Norte de México (ver Apéndice II). Pero si uno de los objetivos era exhibir las colecciones existentes del MNA, que no integran ni siquiera la quinta parte de lo que se guarda en las mismas bodegas del museo, para crear una magnificencia tal que fuera congruente con la monumentalidad del edificio que fue creado para ello, entonces se puede considerar que la institución valora más el punto estético de sus colecciones que la información cultural que nos pueda brindar, y por tanto, la labor de los arqueólogos y antropólogos que laboran en este museo está sometida a los intereses del Estado y no de la ciencia.

Este capítulo ha resumido la historia del Museo Nacional de Antropología y sus colecciones, pero sobre todo se ha adentrado en los orígenes de su conformación como

objeto de orgullo nacional a partir del pensamiento de variados personajes y circunstancias a lo largo del tiempo.

El primer ideal del Museo fue mostrar al mundo las raíces y pertenencias del pueblo mexicano, en un principio con las colecciones formadas durante el siglo XVIII, precisamente tratándolas como antigüedades, pero posteriormente con la llegada de Porfirio Díaz a la presidencia, esto cambió. La influencia europea y el positivismo imperante sobre la política durante ese periodo cambiaron moderadamente la museografía del Museo, la tipología de sus colecciones y en hacer que las ciencias tuvieran una mayor participación dentro de la cultura nacional, creándose en este sentido publicaciones y ofreciéndose clases dentro del mismo.

Pero en los últimos años, a pesar del gran logro que significó construir un nuevo edificio magno, que se ha mejorado la catalogación de sus colecciones y que debido a su nueva reubicación se llevaron a cabo nuevas investigaciones en todo México, últimamente la arqueología se utiliza como un tipo de excusa para hacer museografía clasista, es decir, no ha logrado ofrecer a sus colecciones un sentido humano y práctico, que es precisamente lo que viene implícito en su nombre al menos como el tronco común de la arqueología, pues sólo han sido puestas para admirar, ya que actualmente el Museo está contemplado como un monumento al arte prehispánico.

Los siguientes dos capítulos, el primero sobre las investigaciones arqueológicas que se han hecho sobre Paquimé, y el segundo, sobre los diferentes montajes que se han realizado sobre la arqueología del sitio, intentan poner en contraste las distintas interpretaciones que se han formado del sitio. Quiero ilustrar con ello de qué manera ambos casos entran en pugna por no referirse a los mismos planteamientos presentados

para cada caso, ni siquiera haciéndolos, en el caso de la museografía, de una manera más simplista sino que realmente la descontextualización de los artefactos presentados en una exhibición ha hecho que la arqueología se desvalorice como ciencia hasta cierto grado dentro de un museo.